RESEÑAS

El Moro, JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.—Bogotá, 4ª. ed., Ministerio de Educación Nacional, Sección de Publicaciones, 1937-1938. 165 pp.

En edición monumental de lujo, conmemorativa de la fundación de Bogotá, y ricamente ilustrada por el notable dibujante bogotano don Enrique Gómez Campuzano, ha vuelto a salir por esos mundos *El Moro* —Rocinante colombiano— para regocijo de quienes aman ingenuamente las viejas tradiciones del Altiplano cundinamarqués y gustan del fino y saludable gracejo del insigne escritor de ayer, don José Manuel Marroquín, el hidalgo “Castellano de *Yerbabuena*”.

El Moro es la historia de un caballo, contada por él mismo... Inspirándose quizás en la famosa novela costumbrista *Black Beauty*, de Emma Sewell —a quien Marroquín no igualó nunca en ternura ni en simpatía humana, en deliciosa malicia inofensiva—, el autor de *El Moro* logró darnos la novela aunque sí superó en capacidad de observación así como también en gracia y de más castizo sabor cundinamarqués de cuantas se han escrito hasta ahora en la capital de Colombia.

En realidad, que nosotros sepamos, se han hecho *cinco* ediciones de *El Moro*: 1ª. Nueva York, Appleton, 1897; 2ª. Nueva York, Appleton, 1904; 3ª. Bogotá, Arboleda y Valencia, 1921; 4ª. (llamada equivocadamente *tercera*), Bogotá, Editorial A. B. C., 1937; y 5ª. (llamada equivocadamente *cuarta*), la de que aquí nos ocupamos ahora. El número de ediciones demuestra cuán popular es, a lo menos en Colombia, la historia variada y medio pícaresca, del caballo que fué orgullo de sus dueños y alegría de niños, allá en su lozana juventud, y que, viejo e inútil, después de tirar de un carro y de sufrir mil penalidades y aventuras, terminó sus días en el corralón, cerca del charco que servía de abrevadero a otras bestias.

Don José Manuel Marroquín, el de la perilla mefistofélica y los ojuelos miopes y observadores, fué un distinguido caballero campesino, vástago y heredero de rica y linajuda familia, y hombre de espíritu un tanto frío, burlón y medio escéptico —a pesar de su acendrado y piadoso catolicismo—, que pasó casi toda su vida en su hacienda de *Yerbabuena* entregado a criar caballos, a cosechar trigo y patatas, y a cultivar con raro esmero las letras clásicas, en un ambiente de paz y de armonía que sólo había de turbarse una vez, en alguna aventura política no querida y de la cual no bien librado salió ante la historia... Escritor de costumbres, de textos de enseñanza y de poesías festivas, una de la cuales, *La perrilla*, es pieza verdaderamente antológica y perfecto e inimitable modelo en su género, el señor Marroquín alcanzó éxito clamoroso con *El Moro*, libro ameno y lleno de color local que, para los habitantes de la famosa Sabana de Bogotá, antiguo asiento de la cultura muisca, es algo así como un breviario o un relicario sin igual.

El Moro es la historia picaresca de un caballo sabanero, cundinamarqués... Pero es algo más: Parece un *Lazarillo* criollo y jovial como el de Tormes. En su prosa, llana y castiza hasta el punto de parecer libresca y anticuada a los lectores que no han escuchado el lenguaje vivo que todavía hablan los campesinos de Colombia y que tanto se asemeja al que hablaban las serranas del endiablado Arcipreste de Hita, Marroquín nos cuenta y pinta la vida del pueblo sabanero, y nos describe fielmente sus costumbres, y nos pinta con pinceladas magistrales el ambiente en que vive, en esa bella y melancólica meseta andina, alta, amplia, fría y monótona, que él amó mucho y que pocos como él la han sentido de verdad... *El Moro* —aun siendo un caballo— nos cuenta sus aventuras y desventuras, como *Lazarillo*, y al mismo tiempo nos va comentando la naturaleza y vida y milagros de los dueños a quienes sirvió en el curso azaroso de su existencia caballar en este mundo de los hombres...

Ilustrado por Gómez Campuzano, *El Moro* resulta más simpático que antes, cuando aparecía ilustrado por medio de fotografías... Y con todo, ojalá que en la sexta edición las ilustraciones estén más en armonía con el estilo literario de Marroquín. Los dibujos de Gómez Campuzano son fieles y precisos en sí mismos, como pinturas de cuadros y costumbres sabaneras, es verdad. Empero, como ilustraciones de la obra marroquinesca resultan falsos: en ellos la realidad estética, tal y como la sintió Marroquín, brilla por su ausencia.

CARLOS GARCÍA-PRADA,
Universidad de Washington,
Seattle, Wash.